



## CENCERRADA 22.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,  
PACIENCIA, 3.

### UNA CACERIA.

—Pero, Liberto ¿no es una picardia que me hayas traído á esta romería, y que por un capricho tuyo haya tenido que dejar abandonadas las graves y perentorias atenciones que sobre mí pesan?

—¡Calle V.; nostramo! ¿Pues qué no habíamos nosotros de descansar algunos

días de tantos disgustos como nos proporcionan esos pícaros....

—Está bien, Liberto; pero lo regular será que me rebajen el sueldo de estos días de diversion, y ya ves...

—¡Cá! No tenga su mercé esos temores. ¿A que no hay quien le diga una palabra? Si fuera á mí, puede ser; á su mercé...

—Es posible que tengan esa condés-

condencia, Liberto: pero yo no puedo consentir en conciencia...

—Señor, dígame su mercé á la conciencia que no pegue tantos gritos y agarre su mercé la escopeta, que por lo visto empieza ya la caza. ¡Bum! ¡Bum! ¡Así! ¡así! ¡Firme con ellos! Mire su mercé cómo corren los perros tras aquel venado. ¡Bum! ¡Bum! Ya cayó. ¡Bien por los cazaosres!

—Así calláras tú también, Liberto, que me estás atronando con tantos bum-bunes, y si llegase á estar por estos cerros el General Izquierdo....

—¿Y qué había de hacer ese angelito, solo, y por estos andurriales? ¡Caramba! Señor, mire su mercé por allí, cómo juegan los perros tras los javalies. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!—Señor, desde que empezó esta jarana, no se me aparta de la memoria Cádiz, Málaga, Jerez y demás compañeros mártires.

—¿Y qué tiene que ver...

—No sé, señor; no sé. Pero le aseguro á su mercé que cada perro me parece un soldado, y cada montero un caballero general. ¡A Dios! Ya viene para acá un perro en tres pies. A ese pobre le habrán arrimado alguna dentellá: y lo peor es que, como no se cure el mismo... por aquí no veo yo el hospital de la sangre.—Señor, mire su mercé aquel perro que hay escondido detrás de aquella mata: no hace más que ladrar y no se mueve: ese es el perro más perro que he visto en mi vida. Milagro será que no sea ese algún isabelino, disfrazado de perro.

—Si los hay de esos, Liberto: y es

necesario mucha precaución con ellos, porque son los que más gritan, incitando al pueblo, para que haga lo que no debe.

—Allá vá otro javalí, Señor. Mire su mercé como corre. ¡Bum! ¡Bum! Ni uno siquiera le ha dao; y aquel debe ser de misa.

—¡Cómo de misa, Liberto!

—Digo de misa, por lo gordo y rechoncho.... Señor, Señor, allí vá un lobo. Vámonos, Señor, vámonos.

—¡Hombre, tan pronto te has cansado!

—No señor, no me he cansado; pero después de haberle visto las orejas al lobo, no creo que debamos estar aquí más. Agarre su mercé las alforjas y yo la bota y vamos andando.

—Liberto, me parece que tienes miedo.

—Si quiere su mercé que le diga la verdad, no estoy muy tranquilo. Yo, señor.... la verdad.... no desciendo de los Guzmanes y.... vámonos, señor, vámonos. Pesque su mercé la mula, y á casa con el mandao, que yo ya voy delante cantando:

El Señor nos ha dicho

que no se mata,

que salir puede el tiro

por la culata.

Y por si acaso

que cacen los Guzmanes

que yo no cazo.

Tres Orleanes recuerdo

cuya historia es una misma.

Un Luis Felipe José,

á quien *Igualdad* decían,  
el que de Luis diez y seis  
votó la muerte y ruina:

Un *Luis Felipe Orleans*,  
el que armó la sarracina,  
y destrozó á *Cárlos diez*  
para montarse él encima.

Y un *Antonio de Orleans*,  
el habitante de Cintra,  
que ayudó á que su cuñada  
pegase la gran caída.

Al primero despacharon  
de un golpe de guillotina:  
el segundo se escapó  
á fuerza de pies con vida:  
solo nes falta saber  
como el tercero termina.

Pues señor, los catalanes lo entien-  
den. En el momento que saben que un  
Diputado ha votado con el Gobierno, ó  
que no ha concurrido á una sesión, se  
reunen en un punto, y por la primera  
vez lo declaran *traidor á la patria*. A la  
segunda, probablemente lo sentencian á  
cadena perpétua; y si reincide por ter-  
cera vez, le impondrán la pena de la vi-  
da y cien reales.—¡Desgraciado el di-  
putado que tenga que guardar cama por  
quince días!

En la Noruega se han rebajado los  
derechos del centeno y la cebada.—De  
esta hecha revientan los Noruegos.

Los Segovianos se han amoscado  
porque les suprimen la fábrica de la  
moneda.—Es lo mas natural del mundo.  
Si les quitan los monises ¿qué han de  
hacer?

Si se lleva á efecto el proyecto de  
que los empleados no lo sean en su país  
natal, ni en el de sus esposas, ni donde  
tengan bienes, algunos van á dejar de  
comer turrón. Me parece bien.

El Sr. Pardo Bazan

quiere reducir la talla:

el Sr. Pardo desea  
un ejército de fachas.

¡Válgame Dios, Sr. Pardo,

qué deseo tan sin gracia!

¿No vé V. Sr. Bazan,

Sr. Bazan de mi alma,

que vá á parecer la tropa

un monton de remolachas,

de pepinos con levita,

ó berengenas con mangas?

No se empeñe, Sr. Pardo,

en achicarnos la talla,

ó para ver un soldado

habrá que ponerse gafas.

El Sr. Blas es el diputado mas com-  
petente para cortar todas las disensiones  
que haya en el Congreso: *á lo que diga*  
*Blas, punto redondo.*

En la Iglesia de S. Luis, en Madrid,  
han querido entrar montados en burros  
dos prójimos.—¡Buenas ideas de reli-  
gion tendrán los tales ciudadanos!

En vez de dar libertad

á hombres tan animales,

deben atar á un pesebre

á esos cuatro irracionales.

Dice *La Epoca* que una comision de  
liberales andaluces se ha presentado á  
D. *Cárlos*, brindándole apoyo y recur-

sos para que venga á remediar los males que afligen á los pueblos de Andalucía. — ¡Esta si que es de las de tres en libra! De buena gana le hubiera regalado á D. Carlos las custodias del Padre Claret, por que hubiera llegado á Cádiz ó Málaga, cuando el alijo de las castañas; por haber visto á los carlistas peleando contra el ejército, el ejército contra el pueblo, y el pueblo contra los carlistas. ¡Vaya un lío!

### Incidente parlamentario.

- F. Vallin. — ¿Qué sabe el señor ministro de lo ocurrido en Granada?
- R. Zorrilla. — Si V. no se explica mas no sé de lo que me habla.
- F. Vallin. — Que á D. Ricardo Martínez le han dado una cencerrada, y esto como V. comprende es una cosa que carga.
- R. Zorrilla. — ¿Y á mí qué me cuenta V?  
¿Donde está en ello la falta?  
¿Si se permiten aplausos,  
por qué no las cencerradas?  
Segun obra cada cual  
asi recibe la paga.
- F. Vallin. — Pues digo que esto es atroz...
- R. Zorrilla. — Y quien sabe si mañana tambien á V. le darán...
- F. Vallin. — No lo quiera Dios ¡Zaraza!

— Señor, ¿qué quiere decir *alferecía*?

— *Alferecía* es una enfermedad convulsiva...

— ¿Y se pega, señor?

— No, hombre. No está considerada ni como epidémica, ni como contagiosa. Lo que sí suele suceder es que las personas predispuestas sufren un ataque por presenciar otro.

— Y dígame su mercé ¿qué perso-

nas son las mas propensas á esa enfermedad?

— Las mugeres, especialmente cuando están en estado interesante.

— No voy yo por ahí, nostramo. Debe haber tambien otras personas que...

— Los niños durante la denticion...

— ¡Ajá, já, já! Ya di con ello.

— Pero ¿con qué demonios has dado, ni qué tienes tú que ver con esa enfermedad, Liberto?

— ¡Ay, señor! Una desgracia muy grande. El ejército está atacao de esa enfermedad.

— No digas disparates, hombre. Ese padecimiento no es tan común: y si hubiese algun soldado que lo padeciese, le darian la licencia.

— ¡Qué! No señor: entonces seria menester licenciar á tó el ejército.

— Me parece que estás disparatando, Liberto.

— ¡Que si quieres! Mi compadre, que es un hombre mu cabal, me acaba de decir que el ejército está plagao de *alferecias*.

— Acabáras hombre. Lo que te habrá querido decir tu compadre, es que hay muchos *alfereces*. Pero eso no es ninguna enfermedad, sino ciertos oficiales á quienes se les llama *alfereces* ó subtenientes.

— ¡Ya! ¿Y son esos los niños que dice su mercé que están echando los dientes?

— ¿No, hombre. Yo me referia á la *alferecía* enfermedad.

— Pues mire V., nostramo, no crea su mercé que iba tan disparatao. Porque

yo no sé si habrá alguno que esté echando los dientes, pero sé de muchos que están... *echando las muelas.*

### El soñador.

Pedazos distintos  
tienen mala union,  
por mas que los junte  
la revolucion.

El trompo y las lañas  
de mi leñador  
no puede hacer uno  
lo que ha sido dos.

Esto sin embargo  
yo siempre repito  
*componer coronas,  
fuentes, tinajas y ministros.*

Los montes de Toledo son hace mucho tiempo el centro de operaciones clandestinas y misteriosas. — En ellos celebraban los sábados sus conciliábulos y asambleas las principales brujas de las Castillas. — En ellos tuvieron su cuartel general los facciosos de la Mancha durante la última guerra civil. — En ellos se reunieron no hace muchos años ciertos hombres para combinar los medios que se habían de emplear para que Isabel llamase al mando al partido progresista. — En ellos se han reunido recientemente para cazar... (¿de qué se rie V.?) el Sr. Prim, el Sr. Sagasta, y otros varios cazadores. Pero, ya se ve: como hay tanta variedad de caza, difícilto se hayan puesto de acuerdo. Según se dice á Prim y á Olózaga le gustan mucho los gazapitos alfonsines: á Topete y á Serrano los javalies orleá-

nicos: á Sagasta y Figuerola los corzos bailadores. Veremos quien lleva el gato al agua.

—¿Qué queda que hacer, Sagasta?

—No sé que te diga, Juan.

—Nos hemos hecho ministros, la quinta se aprobó ya, el empréstito tambien, nadie se atreve á chistar, de modo que si tu quieres nos iremos á cazar.

—¡Gran pensamiento, Juanillo! y allí podremos quizás combinar algun monarca...

—¿Pues no lo tenemos ya?

—Si, hombre, pero... —Corriente.

¿Y ochavos?—No saltarán.

—Estás seguro?—Seguro.

—Pues á cazar. —A cazar.

En la Catedral de Toledo se ha cometido un robo de alhajas, cuyo valor se dice que asciende á catorce millones de reales. — Pues señor, no va á quedar una iglesia limpia, ó mejor dicho no va á quedar ninguna sucia.

Antes en Sierra morena estaban los criminales: ahora se han civilizado y están en las Catedrales.

Se dice que se suprime la legacion de *Holanda*. — Bien hecho: en dejando el paño pardo y los cocos catalanes, tenemos bastante.

Se dice que la cacería del Sr. Prim ha costado ocho millones. No me parece mucho: al fin se ha divertido S. E. — Se han matado 32 reses; de modo que

ha costado cada res 25.000 reales. No me parece mucho: y mas saliendo estas misas, como salen todas, y como yo supongo, de la sacristía. No me parece mucho.

Para quiebros un Serrano,  
para trágico Sagasta,  
para cazas D. Juan Prim,  
Salustio para Monarcas,  
para escrúpulos Topete,  
para callar Lorenzana,  
para bolero Fernando,  
Caballero para cargas,  
para religion los Neos,  
y para marido Paca.

Los corzos y javalíes  
de los montes de Toledo  
han oido muchas cosas  
de marca mayor. —Lo creo.

Si el que no baila es un tonto  
y este mundo es un fandango,  
acaso quieran por esto  
para el trono á D. Fernando.

—Tenga su mercé muy buenos días,  
Señor.

—¡Y tienes valor para presentarte!  
Retírate, Liberto.

—¿Pero Señor, qué he hecho yo?

—¿Que qué has hecho? Compromete-  
terme. ¿Dónde has estado estos dos días?

—¿Señor, no se vá á enfadar su  
mercé si se lo digo?

—Acaba pronto.

—Pues señor, he estado durmiendo  
en el pajar.

—Eso es mentira, Liberto.

—Por estas cruces de Dios: además

ahí está el borrico que no me dejará  
mentir.

—¿Y qué hacías en el pajar?

—Durmiendo una chispa enconá.

—¡Y con ese descaro me lo dices!

—Fué sin querer, Señor. Bajé á la  
dispensa por un poco de vino, y sin  
saber como se rompió la canilla del pi-  
pote y empezó á salirse el vino; y yo,  
pa que no se desperdiciara, tapé con la  
boca; y pa no ajogarme, estuve allí tra-  
ga que traga, hasta que me caí. Vién-  
dome en aquel estao, me fui á gatas al  
pajar y allí me he llevao dos días dur-  
miendo.

—Si á mi se me figura que todo  
eso es mentira y que donde tu has es-  
tado es en Granada. ¿Y si no quién de-  
monios ha dado esa *Cencerrada* al Di-  
putado D. Ricardo Martínez?

—Yo no sé, Señor: yo no entiendo  
de eso. Pero se me ocurre una cosa: si  
nosotros dos somos los únicos que toca-  
mos el CENCERRO, y yo no he sido, claro  
está que habrá sido su mercé.

—Yo no me he movido de casa.

—Pues Señor se habrá tocao él so-  
lo, ó lo habré yo tocao, y como estaba  
durmiendo y ajumao, no me acordaré.

—Corriente: yo procuraré enterar-  
me, y como hayas sido tú...

—No se ponga su mercé tan feo,  
Señor, que se parece al Sacristan de  
Priego.

Dicen que quiere D. Carlos  
arrimar su cuarto á espadas.

—Como se acerque es posible  
que se quede sin quijadas.

En el pueblo de Cienfuegos  
el nueve del actual  
fué fusilado por *Dulce*  
un *Capote* general.

Y dale con que Fernando  
nuestra corona rehusó.  
—¿Si no se la han ofrecido,  
para qué tanta repulsa?

Dicen que marcha á Navarra  
el General Caballero.  
—Si se porta como en Cádiz  
ya están los Carlinos frescos.

En Buenos Aires reinan unos aires  
tan calientes y emponzoñados, que es-  
tán produciendo muchas muertes re-  
pentinas. ¡Buenos están los aires de  
Buenos aires!

A las gentes de Dueñas no hay quien  
les haga pagar las contribuciones.

A pagar contribuciones  
se resisten con empeño.  
—Si así se portan *las Dueñas*,  
¿qué hay que esperar de *los Dueños*?

El Sr. Prim es un torero de punta.  
Ni Lagartijo tiene que ver con D. Juan.  
¡Con qué gracia le ha dado el quiebro á  
la voluntad nacional y ha sorteado al  
pueblo! Y eso que no ha tomado toda-  
vía la espada. Y siempre recibiendo.  
¡Vaya un chulo!

Me han dicho que estás malita:  
bien sé yo lo que tú tienes.  
Ya verás como te alivias  
en pasando algunos meses.

El Gobierno no me quiere  
cuando tocan á votar;  
pero dice que soy bueno  
para llevar el morral.

Si crees que á mi me la dás  
con D. Fernando el bolero,  
te equivocas, Señor Prim,  
que no me mamo yo el dedo.

Que no habrá capitacion  
asegura *la Reforma*.  
—Si no se debe cobrar  
es seguro que se cobra.

Los habitantes del pueblo de Zahinos  
(Estremadura) se amotinaron el 28 úl-  
timo diciendo que se *querian comer los*  
*terrenos*. — ¡Habrà bárbaros! ¡Y eso que  
es tierra de Barros! Aviso á los contra-  
tistas de ferro-carriles. Cuando quieran  
hacer un tune!, no tienen mas que po-  
ner en el sitio á una veintena de Zahi-  
nos, mandarles comer, y dejarlos; que  
ellos saldrán por el otro lado.

Ha contraido matrimonio el Gover-  
nador de Castellon. — Ese ya se gobernó.

Recuerdan ustedes el chalaneo de  
los jitanos para comprar ó vender un ja-  
co? Pues á eso se parece lo que están  
haciendo los diputados. — Llega uno:  
*Compare, jaga osté el favor, con premu-  
so é los señores*; y cuchichea con él  
aparte. — Llega otro: *Señon José, pala-  
bra*, y lo cascabelea por otro lado. —  
Llega otro; — *Mozos güenos, tengan sus  
mercés la bondá*, y se escurre hácia otro  
rincon. — Lo dicho: lo mismo que los ji-



tanos: lo que falta saber es quién será el jaco.

Topete nos echa al agua,  
Figuerola nos esquilma,  
Caballero nos machaca,  
y Prim nos echa la quinta.

El hijo de la Isabel  
tiene hoy aceptación.  
—¿Y aquello de los Borbones?  
Vamos no será Borbon.

¡Novecientos mil facciosos  
en Ronda! ¡Dios nos asista!  
Y despues... ¿Qué ha sido ello?  
Dos ó tres contrabandistas.

De Capitan General  
marcha á Cataluña Izquierdo.

—Para niño tan chiquito  
me parece mucho puesto.

—Dí niño ¿como te llamas?

—Yo me llamo Liberal.

—¿Sois revolucionario?

—Sí por la gracia de Topete. Prim y Serrano.

—¿Qué quiere decir revolucionario?

—Hombre que busca lo bueno, y que nunca logra hallarlo.

—¿Qué es libertad?

—Una cosa que principia bien y acaba siempre muy mal.

—¿Por qué principia bien?

—Porque la crea el entusiasmo.

—¿Por qué acaba mal?

—Porque muere á desengaños.

—¿Qué quiere decir revolucion?

—Salvacion.

—¿De qué nos salvó?

—De Gonzalez Bravo y todo Borbon.

—¿Es ese el Mesias que esperábamos?

—Sí, padre: pero me temo que se vaya empastelando, en cuyo caso no doy por el Mesias tres ochavos.

Si el Papa dá *Magestad*  
y otros solo *Isabelilla*,  
viene á quedar Isabel  
entre *mercé y señoría*.

Cuenta que hay republicanos que gritan mucho y engañan; porque apuntan hácia el caldo y se llevan la tajada.

Como está la pobre España á punto de dar un chasco, están los pobres ministros que no descansan... cazando.

Las palabras extranjeras no se han hecho para mí; me equivoco y digo siempre en vez de *meeting*, *mentir*.

Figuerola está furioso con el mico que le han dado; ahora deja la poltrona... ¡Cál No señor, ni pensarlo.

### PREPAREN.

Los carlistas se nos vienen; la cosa se pone grave: si el Señor no lo remedia será el último PREPAREN.

CÓRDOBA:—1869.

Imprenta del *Diario*.